



# **EL TROQUELADO**

**Larios Manrique**

I.A. Editor, USA

# EL TROQUELADO / Larios Manrique

© 2020, I.A. Editor, USA  
672 Pratt Corner Road, Shutesbury, MA, USA.  
Diseño y edición: Inés Arrubla  
Foto portada: Leonardo Finotti, fotógrafo arquitectónico  
Todos los derechos reservados

# EL TROQUELADO

## § 1

*Torres del Parque, piso 34 de la torre central. Sala del apartamento de Enrique Linares. Enrique hace ejercicio con pesas. Sol, buena amiga suya, fuma y toma café arrellanada cómodamente en un sofá.*

SOL. —¿Compraste esos discos tan grandes? ¿Y te los levantas? ¡Qué hombre tan forzado!

ENRIQUE. —Es la única manera de aumentar volumen. Hoy trabajo piernas.

SOL. —¿No vas a volver al Bochica?

ENRIQUE. —Por ahora no. Le pedí a Jaime Prieto que me diseñara una rutina para aumentar volumen, pero él dice que la plasticidad es más importante. Yo respeto mucho a Jaime y no voy a ponerme a contradecirlo. Pero a mí la plasticidad me vale huevo.

SOL. —¿Y qué es la plasticidad?

ENRIQUE. —Ese es un concepto que no tengo claro. Creo tiene que ver con la demarcación. En todo caso, es diferente del volumen. Y a mí lo único que me interesa es el volumen.

*Enrique levanta la barra hasta la altura del pecho, la lleva después detrás de la cabeza, sobre los hombros. Baja hasta quedar en cuclillas y vuelve a subir. Repite la operación siete veces. Permanece de pie con la barra en los hombros.*

ENRIQUE. —Ese es el secreto de las sentadillas. Mucho peso y pocas repeticiones.

SOL. —¡Uf! Quedé rendida con sólo verte.

*Enrique se empina numerosas veces con la barra sobre los hombros. Después la echa para adelante por encima de la cabeza y la descarga sobre el piso.*

ENRIQUE. —Esto último es para aumentar gemelos. En realidad, debería usar más peso. (*Toma el pocillo de Sol*) Dame un sorbito. ¿Sabes cuál es la empresa más difícil del mundo?

SOL. —¿Qué? ¿Leer a Lacan?

ENRIQUE. —¡Quiá! Engrosar la caña de la pierna. Eso le das y le das, y te mides después de un año. Dos milímetros.

SOL. —¿Dos milímetros al cabo de un año?

ENRIQUE. —Si te va bien. Es como tratar de sacarle músculos a un palo.

SOL. —¿Eso sí se justifica, Enrique?

ENRIQUE. —Para mí, sí. Es lo mismo que cuando era revolucionario. El asunto es trazarse una meta, y trabajar y trabajar.

SOL. —¿Y la meta es aumentar cuánto?

ENRIQUE. —La meta es aumentar, sin fijarse resultados puntuales. Como dice Hegel, lo importante es el proceso. O como dice Kant, la meta no es un fin sino una finalidad. (*Levanta el índice*) Y la finalidad es una: la libertad. Siempre la libertad.

SOL. —¿Cómo que la libertad?

ENRIQUE. —Para mí la libertad consiste en fortalecer el narcisismo y hacerse dueño de las propias potencias. Hay que cuidar la imagen, Sol. Eso de que la pinta es lo de menos es una falacia producto de la perniciosa influencia de los intelectuales.

*Enrique hace otra serie de sentadillas y empinamientos; después viene a sentarse en el sofá, al lado de Sol.*

ENRIQUE. —A los intelectuales les pasa como al muchachito del cuento que buscaba la moneda donde había luz y no donde la había perdido. Se atormentan por su inadecuación a la vida y se dedican a aguzar la inteligencia. Eso no es coherente, ni tampoco sano. ¿Sabes qué pienso en lo más profundo de mi ser? Que si yo hubiera

sido un hombre apuesto como Bruno no habría sido un intelectual.

SOL, *asombrada*. —¿Te lamentas de ser un intelectual?

ENRIQUE. —Sí, me lamento. Un intelectual es un mínusvalido existencial. El intelecto no sirve para nada, salvo para conquistar la admiración de un grupo. Pero yo me atraganto a menudo con ese alimento. Como dice Vallejo, cuando quiero laurearme me encobollo. Con el intelecto sucede una cosa muy rara. Uno no se pone a pensar sino cuando se siente impotente, pero la reflexión no cura la impotencia. Todo lo contrario.

SOL. —¿Me vas a decir que te consideras impotente?

ENRIQUE. —Para vivir, sí. Y de cierta manera, también en el sentido que dices. Pero tú no entiendes esas sutilezas.

SOL. —Amparo tampoco las entendería, me parece.

ENRIQUE, *exaltado*. —¿Sabes qué decía esa bruja? ¿Sabes qué decía? (*Tuerce la boca, adelgaza la voz*). A mí me gusta mucho como eres. Tienes un cuerpo enjuto, como de Cristo. Y tienes piernas de caballo de paso fino. ¡Qué jartera un hombre con patas de percherón!

SOL, *admirada*. —¿La recriminas porque te elogiaba?

ENRIQUE. —Caridad con uñas. Se complacía en mis defectos, en este pecho enclenque y estas patas de pollo, porque sabía que me inhibían con las mujeres.

SOL. —¡Eh, ave María! ¡Qué hombre tan complicado!

ENRIQUE. —Complicado, no. A ningún hombre le gusta que lo capturen. Y esa bruja me tenía capturado.

SOL. —Recuerdo las bellas imágenes con que la designabas. Ella era tu luna de cuarzo. Ahora no la bajas de bruja.

ENRIQUE. —Eso de la luna de cuarzo venía de un poema que los dos amábamos, y que ella traicionó. ¿No es cosa de brujas reemplazar las alturas transparentes de Machu Picchu por un aire emponañado?

*Enrique se levanta, trabaja un rato con las pesas y vuelve a sentarse al lado de Sol.*

ENRIQUE. —En realidad, exagero en la crítica del intelecto. Esa crítica debe ser matizada. Ciertas lecturas que estoy haciendo me han ayudado mucho últimamente. ¿Te has dado cuenta de que llevo largo tiempo sin beber?

SOL, *suspira*. —¿Cómo no me iba a dar cuenta? Como pasábamos de rico cuando estabas encarretado con los franceses.

ENRIQUE. —Sí, pero la distribuidora y las coediciones iban para la ruina. Lo mismo mi crédito como gerente. Ya hasta me daba vergüenza hacer cuentas. Cuando echaba lápiz, sentía a Baudrillard y Foucault apretujándose a mis espaldas y mirando burlones por encima de mis hombros. No, Sol. Las filosofías radicales no sirven para vivir. Ni siquiera teóricamente se sostienen. Ni el dinero es un vehículo de prostitución universal, ni la moral de la gente decente es una moral de filisteos. En cambio, con la decencia y la medida como principios rectores muchas cosas que parecen imposibles se vuelven sencillas. ¿Sabes cómo dejé el cigarrillo y el alcohol? Ah, porque los corté de un tajo. Reemplazándolos con soya, con leche y turrónes de soya. ¿No has probado los turrónes de soya? Son riquísimos. Tú también deberías dejar el cigarrillo. A ti sí que te convendría, con esa voz tabáquica que tienes. ¡Y la oxigenación, Sol! ¡La oxigenación! Que no te vaya a pasar como a Luisa, que camina media cuadra y tiene que pararse porque se asfixia. Para ir de la librería Buchholz a la Central, cuatro pinches cuadras de la Avenida Jiménez, tiene que coger taxi. ¿Te imaginas el costo de una gira por las librerías del norte? Luisa es la mujer más vital que conozco, lo que no impide que se esté destruyendo los pulmones con el cigarrillo. De momento, le he prohibido fumar en la oficina. Y estoy pensando ofrecerle una prima especial por dejar de fumar. Por la plata baila el perro. Muchas empresas importantes están aplicando esa política. El cigarrillo es el vicio más difícil de dejar, mucho más que cualquier droga, como saben los sexólogos especializados en onanismo. Para peor, es una adicción altamente

contagiosa. Los amigos juegan un papel muy importante en eso. Uno no es de fierro y se deja influenciar por la gente con que anda. Para dejar el cigarrillo, a uno le conviene que las personas cercanas lo rodeen de un ambiente propicio –que le echen una manita.

SOL. —Como dice el Capo, te estás dejando vencer por la fuerza de voluntad. Esa evolución tuya me preocupa mucho. Quién sabe qué autores te están apoyando en eso. (*Le pone la mano sobre el muslo*) ¿Terminaste con las pesas? ¿No te provoca un masajito?

*Enrique se para como un resorte. Introduce una pesa más a cada lado de la barra.*

ENRIQUE. —Me faltan todavía varias series. (*Empuña la barra, grita como un japonés al levantarla*) ¡Hyah!

## § 2

*Distribuidora las Torres del Parque, torre sur, primera planta. En el salón que da a la calle, Vicky, secretaria, habla con Gregorio, mensajero.*

VICKY. —Acabe de apartar ese pedido para que vaya por una garrafa de aguardiente.

GREGORIO, *burlón*. —¿Terminó la ley seca?

VICKY. —Enrique y Sol están dando cuenta de media botella que quedó de la última vez. Apúrese, Samsa.

GREGORIO. —Ya le he dicho que yo no me llamo Samsa.

VICKY. —Pues así figura en la nómina, mijito. Enrique llama a sus empleados como quiera.

GREGORIO. —Y usted tiene que miquearlo. A mí no me gustan los apodos. Yo me llamo Gregorio.

VICKY. —Por eso. Gregorio Samsa.

GREGORIO. —¿Quién es Gregorio Samsa?

VICKY. —¡Cómo es de ignorante! Claro, como no lee sino marxismo.

GREGORIO. —Yo también leo autores burgueses. Pero a ese autor no lo he leído todavía.

VICKY. —Ni lo va a poder leer. Gregorio Samsa no es un autor, sino un personaje.

GREGORIO. —¿Un personaje?

VICKY. —Sí, un personaje de novela. Enrique dice que es tan importante como don Quijote. Y usted ofendiéndose porque le dicen Samsa.

GREGORIO. —¿Cómo es la historia?

VICKY. —Es más bien dramática. Un vendedor que un día no se levanta para ir a trabajar y descubre que se ha convertido en un animal.

GREGORIO. —¿Como el hombre lobo?

VICKY. —¿El del cine? No. No tan miedoso.

GREGORIO. —¿Como el hombre caimán?

VICKY. —¿El de Plato? No, más miedoso.

GREGORIO. —Diga, entonces.

VICKY. —Un insecto.

GREGORIO. —O sea que lo de Samsa es por decirme insecto.

VICKY. —No, hombre. Yo le pregunté un día a Enrique, y es por algo que usted dijo. Que le gustaría renunciar al empleo porque el trabajo es una alineación.

GREGORIO. —No se dice alineación, se dice alienación. ¿Y qué hace Gregorio Samsa?

VICKY. —Cavilar, echar globos.

GREGORIO. —Yo no me retiraría para eso. Yo me dedicaría a leer.



Y después a escribir. ¿Eso es ser un insecto?

VICKY. —Enrique dice que el intelecto es la cosa más peligrosa del mundo. Que el que se dedica a los libros corre el riesgo de convertirse en un insecto.

GREGORIO. —Pues yo estoy dispuesto a correr ese riesgo. Ríase si quiere.

VICKY. —Yo no me río. Eso de meterse a intelectual a mí también me parece muy chévere. Pero usted, tan pobre, ¿cómo va a vivir sin trabajar?

GREGORIO. —Marx no trabajó nunca, y era pobre.

VICKY. —¿De verdad, no trabajó nunca?

GREGORIO. —Pregúntele a Enrique. Como usted no le cree sino a él.

VICKY. —Entonces, ¿ese man no dio un golpe en la vida?

GREGORIO. —No tuvo empleos, ni jefes. Estudiaba todo el tiempo. Y escribía para cambiar el mundo.

VICKY. —¿Y usted piensa hacer igual? Tiene que cranear bien las cosas. ¿No pensará vivir de la caseta de dulces que tiene su mamá en Indesco?

GREGORIO. —Vea Vicky, si Marx se hubiera puesto a cranear las cosas como usted dice, no hubiera escrito El Capital. Marx cambió el mundo porque no tuvo nunca un empleo.

VICKY. —Eso debe ser cierto. Pero si usted quiere ser como Marx no puede vivir embaretado.

*Distribuidora. Enrique y Sol están en la oficina de gerencia. Entra Luisa, resoplando.*

LUISA. —Vengo hecha polvo.

*Emitiendo un silbido, Luisa se para en seco. Observa radiante la garrafa*

*en medio del escritorio, las copas con licor, un cenicero lleno de colillas y un plato con pasantes de naranja y mango biche.*

SOL. —Arrima una copa. Felizmente, este hombre levantó la veda.

LUISA. —¿Puedo fumar?

SOL. —Obvio. ¿Te imaginas un viernes cultural sin cigarrillo?

ENRIQUE. —¿Trajiste pedidos?

LUISA. —Hoy no pude hacer nada. Todo el día ocupada con Vegalara. Esta mañana se metió un varillo y se le corrió la teja. Se montó en uno de esos ascensores acolchados, y de pronto se estremeció y dijo: Esto me recuerda mis camisas de fuerza. Y empezó a desnudarse.

SOL. —¡Ese que mide como dos metros!

LUISA. —Imagínate, querida. Y a tizón voliao.

*Luisa y Sol ríen. Enrique tiene el ceño fruncido.*

ENRIQUE. —Y, por supuesto, tú tuviste que hacerte cargo del lío. (A Sol) Luisa se ha convertido en el Quijote de las Torres del Parque. Se la pasa enderezando tuertos y deshaciendo agravios. De todo se hace cargo, menos de vender.

LUISA. —¡Pero, Enrique! Si se armó un escándalo. Se abrió el ascensor en la primera planta, ante un grupo de muchachas que estaban esperándolo, y se produjo un griterío espantoso.

ENRIQUE. —Claro, como las chicas de las Torres no han visto nunca un hombre en pelota.

LUISA. —El portero iba a llamar a la policía. Y me tocó llevarlo a una clínica.

ENRIQUE. —Tu asunto es vender.

LUISA. —Fresco. Yo salgo de ventas el lunes a primera hora.

ENRIQUE. —¿Sabes qué? Lo mejor sería que no trabajaras más a sueldo fijo. Que te pasaras a comisión. Así tendrías libertad de horario.

LUISA. —A mí no me sirve a comisión.

ENRIQUE. —Excepto el mes que llegó el pedido de Venezuela.

LUISA. —Yo había trabajado mucho ese pedido.

ENRIQUE. —Y cuando no das un golpe quieres sueldo fijo. La ley del embudo, mejor dicho.

LUISA. —Yo tengo unas hijas que mantener. Necesito un ingreso mínimo.

ENRIQUE. —¿Y quieres que yo te lo asegure para resolver los problemas de todo el mundo?

LUISA, *bebe el trago de un envión, coge el maletín.* —Adiós.

ENRIQUE. —¿Adónde vas?

LUISA. —De ventas. A visitar las librerías del Lago.

ENRIQUE. —Estas no son horas para ir al Lago. Con el tráfico de los viernes, de aquí a que llegues...

SOL. —¡Qué vas a arrancar ahora para el norte!

LUISA. —Voy a trabajar.

ENRIQUE. —Tampoco era para que te ofendieras.

SOL. —Sí, Luisa. Tómalo como una crítica constructiva.

LUISA. —Yo no puedo trabajar a comisión.

ENRIQUE. —Lo decía como una posibilidad.

LUISA. —Ni puedo dejar tirados a los amigos en problemas.

SOL. —Enrique no critica los trabajos que te tomas por Vegalara. Ni te pide que seas desconsiderada con los amigos.

ENRIQUE. —Sí. Yo no pido eso.

LUISA. —Y no me gusta que me marquen a presión. Que me impongan cronogramas para los recorridos.

ENRIQUE. —Está bien. Lo importante es que los hagas.

SOL. —Suelta ese maletín (*Luisa suelta el maletín*). Siéntate. (*Luisa se sienta*). Déjame te sirvo...

ENRIQUE, *después de una pausa, hablando en tono reposado*. —Para mí, el infierno es la servidumbre humana.

SOL. —Lo que dice el marxismo. El medioevo fue un verdadero infierno.

ENRIQUE. —Yo no estoy hablando de esas tochadas. Me refiero a la servidumbre humana de que habla Maugham. ¿No han leído la novela de Maugham?

SOL. —¿Qué novela?

ENRIQUE. —La Servidumbre Humana.

SOL & LUISA. —No.

VICKY, *desde la puerta de la oficina*. —Yo sí. Enrique me la prestó.

SOL. —¿Y es que Enrique está intelectualizando a Vicky?

LUISA. —¡Cómo te parece! Si vieras las cosas que la pone a leer.

SOL. —Es la moda entre los señores. Tener mica. ¿No ves a Archila?

LUISA. —No creas. Jaramilla es una mujer muy estructurada.

ENRIQUE. —Déjenme se los digo en freudismo. ¿Saben qué es la fijación?

LUISA. —Claro que sí. Eso tiene que ver con la represión.

SOL. —Y la neurosis.

ENRIQUE. —¡Pobre Freud, lo que quedó de su enseñanza! Que si a uno no lo hurgan donde le pica, se vuelve neurótico. Hablo de la catexis objetal, más exactamente de la hipercatexis, por la cual la libido se liga fuertemente a determinado objeto.

SOL & LUISA. —Ya.

ENRIQUE. —En realidad, el concepto de fijación no es el más

adecuado. Eso se comprende mejor con un concepto de la etología, que es la ciencia moderna del comportamiento animal. El troquelado. (*Silencio*) ¿No saben qué es el troquelado?

LUISA. —No, querido.

SOL. —Ni oído mi mentado.

VICKY, *desde la puerta de la oficina, mirando por momentos hacia el salón de entrada.* —Yo sí sé qué es el troquelado. Enrique me explicó. El troquelado es de Konrad Lorenz. (*Enrique confirma con la cabeza*). Le dieron el premio Nobel por eso. (*Aprobación a medias de Enrique*). Bueno, por eso y por todo lo demás. Los rusos lo cogieron cuando la guerra y lo metieron en un campo de trabajos forzados.

ENRIQUE. —En realidad, en un campo de prisioneros de guerra. Los campos de trabajo eran para la población soviética.

VICKY. —Un día, en el campo de prisioneros, apareció una araña negra, grande y peluda, y cuando todos quedaron paralizados por el miedo, Lorenz fue y la cogió tranquilamente.

*Luisa y Sol miran interrogantes a Enrique.*

ENRIQUE. —Cierto. Era una gran tarántula venenosa. El comandante del campo fue el más impresionado.

VICKY. —Lorenz agarró la tarántula por la cabeza, evitando los colmillos, y de una dentellada le cercenó el cuerpo, incluido el enorme abdomen.

*Luisa y Sol miran asombradas a Enrique.*

ENRIQUE. —El comandante del campo era un duro que había estado en el asalto de Berlín, y echó a correr por la estepa, despa-  
vorido.

SOL. —¡Qué horror!

VICKY. —Esperen, que todavía falta. Una vez tuvo en la boca cipote de tarántula, (*abre las mandíbulas, las cierra con fuerza*) la mascó.

LUISA & SOL. —¡No!

VICKY. —Sí.

ENRIQUE. —Esa es para mí la imagen del macho macho. Llevarse a la boca una araña negra y peluda, grande como una torta, y empezar a mascar.

VICKY. —Se papió la araña. (*Articula lentamente*) La tro-que-ló.

ENRIQUE, *dando un respingo*. —¡¿Qué?!

VICKY. —¿No? ¿No se la papió?

ENRIQUE. —Sí, se la comió. Pero eso no tiene nada que ver con el troquelado.

SOL, *riendo*. —Cuenta tú, Enrique, que Vicky la embarró.

VICKY, *acelerada*. —Esperen, esperen que ya me acordé. Era un polluelo de ganso –una gansa– que lo primero que vio cuando salió del huevo fue a Lorenz. Y Lorenz la alimentaba, y le graznaba. Que Lorenz le hizo de mamá y la gansa quedó troquelada por él. Que seguía a Lorenz a todas partes y nunca se interesó en sus congéneres.

ENRIQUE. —Es verdad. Hasta adoptaba posiciones sexuales frente a Lorenz. Y hacía movimientos de copulación contra su bota.

LUISA. —¿Sí? ¿Y qué?

ENRIQUE. —¿Cómo que “y qué”?

LUISA, *apartando la cara, con fingido pudor*. —Tú sabes... Esas cosas se dan.

ENRIQUE, *escandalizado*. —¡Pero si se trata de un gran científico, nada menos que un premio Nobel! ¿Cómo se te ocurre pensar en eso?

LUISA. —¿Y es que cuando se trata de un gran científico no se puede pensar en eso? ¡Ja! Ni de palo que fueran.

VICKY, *desde la puerta de la oficina*. —Llegó el Capo.

*Llega el Capo. Sin acabar de sentarse coge una copa y se sirve un aguardiente.*

CAPO, *mirando a Vicky*. —¿Y Gregorio?

VICKY. —Salió tarde a llevar un pedido y no alcanzó a volver.  
¿Por qué, Capo?

CAPO. —Quería invitarlo a unas lecturas conjuntas.

LUISA, *aparte*. —No le basta con el muchacho que tiene.

SOL. —Necesitamos tu ayuda, Capo. Tenemos una pelea casada con Archila. A ver si nos corriges un material, tú que tienes experiencia editando textos. En una charla que dio para un grupo de amigos en Medellín, afirmó que las mujeres no teníamos verdaderas almas, sino bosquejos de alma. En los términos que usó, que no teníamos alma sino almeja. Y citó incluso a algún teólogo.

CAPO. —¡Ajá!

SOL. —Que para gozar de nosotras, los hombres debían cogernos por la almeja, porque si no las mujeres nos disparábamos.

ENRIQUE, *festivo*. —¡Buena esa!

LUISA. —Con tal que no nos condenen a la abstinencia, como a la gansa del cuento.

SOL. —No creas, Luisa. Esos cocteles de psicología y religión son peligrosísimos. ¿No viste el último pronunciamiento del papa? Que las mujeres debíamos hacer el amor sin lujuria.

CAPO, *riendo*. —Échenme ese trompo en l'uña.

LUISA. —Sí. Ahí nos la pusieron muy difícil.

SOL. —En la Orquesta de Mujeres están que trinan. Vamos a conseguir el casete con la charla de Archila para contestarle. Como en Medellín le graban hasta un estornudo.

CAPO. —Claro, Sol. Yo les colaboro. (*A Enrique*) ¿Qué tal un folleto con los dos textos: Las Feministas contra Archila?

ENRIQUE. —Sí. Se vendería bien.

LUISA. —Enrique nos estaba hablando del troquelado ¿Tú conocías ese término, Capo?

CAPO. —¿Qué? ¿Una marca hecha con un troquel?

LUISA. —No, pero es algo parecido. Un concepto de la etología. Una gansa que se enamoró de un premio Nobel. Y el premio Nobel condenó al pobre animal a la abstinencia.

CAPO. —Existen muchas discriminaciones contra los animales. El ayatola Jomeini prohibió comer la carne de camellos que hayan tenido comercio sexual con humanos.

SOL. —Enrique dice que el troquelado es el verdadero infierno. Que tiene que ver con la servidumbre humana de Maugham.

CAPO. —Ahí me corcharon. ¿Eso del troquelado no será una mala traducción, Enrique?

ENRIQUE. —Hay quienes escriben impronta o estampado. Por el sentido de la cosa, pienso que el término de troquelado está bien. Se trata de una fijación libidinal tan fuerte que parece una marca hecha con un troquel.

CAPO. —Y eso del infierno, ¿por qué lo dices?

ENRIQUE. —Porque en esas condiciones el objeto se convierte en un verdugo, y cada goce se paga con los mayores tormentos.

CAPO. —¿Como la canción? “Después de un minuto de paz y de placer, hay veinte de dolor”.

SOL, *aparte, a Luisa*. —¿El troquelado no es lo mismo que el encoñe?

ENRIQUE. —¿Qué dijiste, Sol?

SOL. —No he dicho nada.

ENRIQUE. —Habla tranquila. Di lo que decías.

SOL. —Me preguntaba si el troquelado no era lo mismo que el encoñe.

ENRIQUE. —¿Encoñe? ¿Ese no es un término barriobajero? ¿En qué burdel lo aprendiste, querida Sol?

SOL. —Me dices que hable tranquila, y enseguida me insultas.



ENRIQUE, *duro*. —¿Qué quieres? Mientras yo me desbrevo explicando un concepto de la etología, tú sacas un voquible de las cañerías y pretendes que es la misma cosa.

CAPO. —Es verdad, Sol. No hay que vagaciar los conceptos científicos.

### § 3

*Ambiente de embriaguez general. El salón que da a la calle ha sido cerrado. Vicky se integra plenamente a la juerga.*

SOL, *al Capo, que va a encender un varillo*. —Vete a la puerta, que ese humo me da dolor la cabeza. (*A Enrique, que tiene las manos levantadas frente a los ojos y les da cortos giros*) ¿Qué haces?

ENRIQUE. —Mirándome las manos como Bruno.

SOL, *admirada*. —Idéntico. Se ve que lo observas.

ENRIQUE. —¿Cómo no lo voy a observar si le tengo envidia?

SOL. —¿Se puede saber qué es lo que le envidias?

ENRIQUE. —La autocomplacencia. El éxito con las mujeres. En asuntos de amor, uno es un ser inerte si no está un poco enamorado de sí mismo.

SOL. —A mí Bruno no me parece tan atractivo. Y a la hora de la verdad, entiendo que no es gran cosa. ¿Cierto, Luisa?

LUISA, *sonriendo*. —Sí. Muy regulimbis.

SOL. —¿Qué hay de Susa?

ENRIQUE. —È finita.

SOL. —¿Cómo? ¿Qué pasó?

ENRIQUE. —Algo irreparable.

SOL. —¡Qué tristeza! Yo que era partidaria de esa relación.

LUISA. —Tan bonita que es Susa.

ENRIQUE. —Quería la llave. No se transaba por menos.

SOL. —A Amparo se la habías dado.

ENRIQUE. —Amparo era otra cosa.

LUISA. —Amparo es la cosa.

ENRIQUE. —Sí. Amparo es la cosa. No la veo desde hace tiempo.

SOL. —Desde que la llamaste a decirle ladrona.

ENRIQUE. —Se me desapareció una edición antiquísima de *La Celestina*, casi un incunable, que yo apreciaba mucho.

SOL. —A tu apartamento entra mucha gente. Cada vez que se te perdía algo, la llamabas a decirle ladrona. Tú eres muy impulsivo.

ENRIQUE. —Sí.

LUISA. —Muy agresivo. ¡Te dan unas viarazas!

ENRIQUE, *compungido*. —Lo lamento. De verdad, lo lamento.

*Un largo silencio. Enrique se echa al colete dos grandes tragos de aguardiente, uno tras otro.*

ENRIQUE. —Te debo una autocrítica, Sol. Hago mal en culpar a Amparo y llamarla bruja. Como dijo Archila en su célebre discurso de Paipa, una relación amorosa es una *melée*, y en una *melée* no se pueden distribuir responsabilidades. Como tú sabes, ‘Alturas de Machu Picchu’ estuvo en el origen de nuestro amor. Yo lo recitaba con credibilidad, con sentimiento. “Amor, amor, no pises la frontera ni adores la cabeza sumergida...”, y Amparo escuchaba encantada. Decía que yo era el mejor declamador del mundo. Y yo le dedicaba a ella las más bellas imágenes. Ella era mi luna de cuarzo. Mi flor diseminada.

CAPO. —Ese poema es un acervo de imágenes inolvidables. “Entonces fui por calle y calle y río y río, y ciudad y ciudad,

y cama y cama...”

ENRIQUE. —Pero luego la vida se ensañó conmigo. Mis recitaciones empezaron a sonar sin alma, como el destemple de un cantante desafinado. Nuestro amor empezó a perder su halo romántico y a convertirse en una gazapera. Para rematar, hubo un lapsus fatal. Freud, con su realismo despiadado, dice que los lapsus linguae son voces que vienen del fondo de nosotros mismos. Pero ciertos lapsus más parecen la voz del Malo, ese que dijo: “Todo lo que existe merece perecer”. Con sus efectos antiestéticos y anticulturales, son a veces el reverso de la sublimación...

LUISA, *cortándolo*. —Bueno, ¿pero cuál fue el lapsus?

ENRIQUE. —Un día dije: Picho Mucho. (*Risas contenidas de las mujeres*). Sí, también ella y yo nos reímos, pero era una risa falsa. Las alturas de Machu Picchu quedaron erosionadas, por no decir desfondadas. Adiós las fronteras, adiós la cabeza en alto. (*Después de un largo silencio*) Sol, ¿por qué no le hablas?

SOL. —¿Cómo? ¿A quién?

ENRIQUE. —A Amparo. A ver si podemos arreglarnos.

SOL. —Así son los conflictos de los intelectuales: una sarta de contradicciones. ¿Cuántas veces me has dicho que esa relación te hace mucho daño, que te descompone?

ENRIQUE. —No son conflictos de intelectual. Son conflictos de la criatura humana.

SOL. —Para mí no es fácil hablar con Amparo. En este momento, ella y yo tenemos serias divergencias. Sobre Afganistán.

ENRIQUE. —¿Qué velas llevan ustedes en ese entierro?

SOL. —¿Ves? Eso es lo que más le choca a Amparo. Tu renegación de la política. (*Habla para todos*) La cosa está tesa. El lunes tenemos una asamblea extraordinaria sobre el tema de la intervención soviética. Hasta se puede dividir el movimiento.

ENRIQUE. —Pero si ese grupo de ustedes surgió de una serie de divisiones, ¿qué se van a dividir más? (*Pasa a un tono implorante*).

Hazme ese favor, Sol. No te hagas rogar.

SOL. —¿Qué quieres, exactamente?

ENRIQUE. —Que propicies un encuentro entre ella y yo. Que acepte verse conmigo. Ustedes las mujeres tienen mucho tino para esas cosas.

LUISA. —Podrías decirle que has estado hablando con Enrique. Que está muy arrepentido de haber sido tan grosero con ella.

SOL. —Tan patán.

ENRIQUE. —Está bien.

CAPO. —Podrías dejar caer una frase de este estilo: ¡Cómo está de cambiado Enrique!

*Risas apenas contenidas de las mujeres.*

ENRIQUE. —Un elogio de Sol no vendría mal.

VICKY. —Que le diga que Enrique está sonando para ejecutivo del año.

LUISA. —¿A una líder revolucionaria? ¿Cómo se te ocurre?

SOL. —Sí, eso sería contraproducente.

LUISA. —Además de ridículo.

ENRIQUE. —¿Por qué ridículo?

*Silencio.*

CAPO. —Que lo que más lamenta Enrique es la pérdida de la amistad.

ENRIQUE. —¡Eso!

CAPO. —El cuento de la amistad es un machete. Funciona siempre.

SOL. —Está bien. El lunes le hablo.

*Medianoche. Enrique duerme con la cabeza desgajada sobre el pecho.  
El Capo come del plato de pasantes.*

CAPO. —El mandril clavó pico.

LUISA. —Estuvo tomando rapidísimo.

VICKY. —Llevaba como un mes sin beber.

SOL. —Una eternidad.

LUISA. —Eso es malísimo. Como cuando un deportista deja de entrenar.

CAPO. —Hablas sabiamente, Luisa. Como dicen los médicos sobre el ejercicio, el trago debe ser una cosa metódica, de todos los días.

SOL. —Yo no sé por qué le dan esas rachas de abstinencia.

CAPO. —Lo que hace es tupia.

VICKY —¡Pobre! Lo troquelaron.

LUISA. —Ha estado muy agresivo últimamente.

CAPO. —Él patalea, pero lo tienen cogido por la almeja. ♡

